

EN su edición catalana (Ediciones de la Mangrana), la novela de Jesús Moncada (nacido en Mequinenza en

1941) alcanzó los más significativos premios: Joan Creixells, Ciutat de Barcelona, Fundació Amics de les Arts i de les Lletres de Sabadell, de la Crítica, Serra d'Or y Nacional de la Crítica. Fue, asimismo, finalista del Premio Nacional de Literatura y se convirtió al poco tiempo de su aparición en una de las novelas más vendidas del año 1988. Entre los meses de febrero y noviembre había alcanzado ya cuatro ediciones. Nos encontramos, por consiguiente, ante una de las revelaciones de la más nueva narrativa catalana, siendo saludada también como una de las novelas más significativas del último decenio. Uno de los rasgos más definitivos de la obra en su versión original era su cuidado estilo. La versión castellana de la novela, debida a Joaquín Jordá, se atiene con fidelidad al original y rescata el espíritu del autor, aunque el texto pierda una parte de la belleza fónica del catalán original, tan próximo a los recursos orales.

El espacio novelesco se sitúa en la frontera catalano-aragonesa, en la Mequinenza natal del autor, antes de que la población fuera sumergida por las aguas de un pantano y antes de que se construyera en las proximidades un pueblo nuevo trazado artificialmente. Mequinenza vivió durante siglos de la explotación de las minas de lignito y del comercio fluvial. «Camino de sirga» refleja, como apunta su autor, «hechos del último siglo de existencia de la antigua villa de Mequinenza». Pero su tiempo y su espacio no responden a unos propósitos realistas. El narrador utiliza a su arbitrio la temporalidad (con frecuencia el futuro, anticipándose a las acciones de sus personajes) y otorga a la novela un ambiente imaginario, al que contribuye con la exageración de rasgos y anécdotas. Los diversos planos históricos contribuyen a organizar el «puzzle» y a producir en el lector la sensación abrumadora de verse obligado a captar en pocas páginas un mundo en el que los personajes son, en ocasiones, descritos en contadas líneas: «Aparte de un Bakunin, el viejo anarquista había engendrado un Germinal, una Felicitat y un Perfecte pero no se casó por la Iglesia, y al morir, en 1928, el rector prohibió enterrarle en zona sagrada. Como pecador público, sus despojos fueron enterrados en el "corralito", entre Octavi Oliver, un médico romántico que se había levantado la tapa de los sesos de un tiro a causa de un desengaño amoroso, y Libori d'Escarp, antiguo patrono de la casa Camps y fundador de una nueva religión, que en el momento de la defunción del iluminado ya contaba con tres discípulos —un tabernero de Miravet, un zapatero de Ascó y una ramera tortosina...» (página 197).

Este mundo irónicamente descrito, con un peculiar sentido del humor, atento a las maledicciones de la pequeña población, adquiere un significado carnavalesco. No son casuales, por otra parte, las escenas mismas del carnaval. Los personajes se describen desde ópticas diversas, aunque sin abandonar el sentido irónico de una descripción «fabuladora» de la realidad. Aunque las voces narrativas sean múltiples (o así aparecieran ante el lector), se advertirá el tono del relato oral,

## Camino de sirga

Jesús Moncada

Traducción de Joaquín Jordá. Anagrama, Barcelona, 1989  
329 páginas. 1.700 pesetas

puesto que el objetivo de Moncada consiste en elaborar una trama múltiple (una voz colectiva): la abigarrada vida de una pequeña comunidad minera y fluvial.

Otra de las características de este mundo aventurero, donde pululan los marineros de la



mueven en el seno de una corriente inaugurada por los maestros hispanoamericanos. En el ámbito de la narrativa catalana, de otra parte, lo maravilloso tiene ya nombres propios y una tradición reconocible: desde Joan Perucho a ciertos aspectos de Baltasar Porcel. La conciencia del desastre colectivo, del fin de una realidad advertida como propia, se hace patente a través de la voz de un personaje que transmite como portavoz la interpretación colectiva. «Probablemente —por lo menos así lo mantuvo Honorat Cafe del Rom en una de las últimas tertulias del Cafe del Muelle— la villa no había muerto el mismo día para todos sus habitantes. Cada uno de ellos

*«Este mundo irónicamente descrito, con un peculiar sentido del humor atento a las maledicciones de la pequeña población, adquiere un significado carnavalesco. Con seguridad, sin "Cien años de soledad", esta novela sería otra cosa bien distinta»*

sirga, los secretos de las rancias familias y los mineros atraídos por las utopías sociales, es su ambientación mágica: «Los Quintana de Roca siempre morían un jueves; los Oliver disfrutaban del don de oler las vetas de lignito y de encontrar la mandrágora; las yeguas de los Castelló siempre eran estériles, y un hado ineludible condenaba a los hombres de la familia Mora a ser engañados por sus respectivas mujeres» (página 149). El lector advertirá fácilmente el paralelismo que puede establecerse —el párrafo transcrito es deliberadamente revelador— entre el mundo de Moncada y el de García Márquez. Con seguridad, sin «Cien años de soledad», una novela como «Camino de sirga» sería otra cosa bien distinta. Y, sin embargo, múltiples diferencias parecen alejar una novela de otra. En principio, sus conceptos de espacio y tiempo son diferentes. García Márquez imagina Macondo y su tiempo no adquiere el valor histórico determinante de la novela de Moncada. Aquí, precisamente, los años de la guerra civil e inmediata posguerra suponen un período perfectamente acotado y altamente significativo, sin llegar a convertirse en «novela histórica». Pero el tono carnavalesco ya aludido, la exageración, la poesía, el valor oral del relato derivan de la operación emprendida por el maestro colombiano. También aquí la sociedad que se describe acaba por desaparecer en el tremedal de la historia, situada en el hecho real de la construcción del pantano. Y también en este paisaje fluvial de Mequinenza se advierte la fuente común faulkneriana. Y si podemos señalar por consiguiente una influencia directa, resultará más coherente apuntar el hecho de que ambas novelas se

la sintió morir en un momento diferente a lo largo de los años del desastre, y tal vez fuera el adiós de Julia lo que marco este punto para el viejo Nelson» (página 129). El lector tendrá presente siempre a lo largo de la novela que la realidad narrada ha desaparecido ya en su comienzo mismo. Y, por consiguiente, «Camino de sirga» se ha convertido por voluntad del narrador, de antemano, en una elegía. Y a ese carácter elegiaco cabe remitir al aludir al estilo lírico utilizado, corregido por los recursos irónicos que permiten distanciar al lector de la materia narrada. Aunque hay personajes entrañables, como Nelson, Carlota de Torres, Malena, Arquimedes o Aleix de Sagarra; escenas como las diversas aventuras fluviales, las detenciones del bolicario, la vida del Cafe del Muelle; objetos con vida propia, como los mascarones de las embarcaciones; aventuras como el paso nocturno del río por los maquis, y exaltados episodios amorosos, el valor de «Camino de sirga» estriba en su feliz combinación. Minuciosamente elaborada, cada una de las escenas y de los personajes contribuyen a ofrecer el valor de friso que tiene el conjunto. Jesús Moncada, que anteriormente había publicado tan solo dos libros de relatos («Historias de la ma esquerra», 1981, y «El Cafe de la Granota», 1985, ha sabido encontrar en esta novela no solo su tema, sino la capacidad de apropiarse y asumir un sistema narrativo adecuado. De ahí el éxito de público y de crítica en su versión catalana original. Porque se trata en efecto, de un libro maduro. El enclave geográfico de Mequinenza entre dos ríos, el Ebro y el Segre, puede simbolizar la conjunción en esta novela de dos tradiciones narrativas que se complementan.

Joaquín MARCO